

Evangelio del Domingo

¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc 7, 11-17).

En aquel tiempo, Jesús se fue a una ciudad llamada Naín, y caminaban con él sus discípulos y mucho gentío.

Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; y un gentío considerable de la ciudad la acompañaba.

Al verla el Señor, se compadeció de ella y le dijo: «**No llores**».

Y acercándose al ataúd, lo tocó (los que lo llevaban se pararon) y dijo: «**¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!**».

El muerto se incorporó y empezó a hablar, y Jesús se lo entregó a su madre.

Todos, sobrecogidos de temor, daban gloria a Dios, diciendo: «**Un gran Profeta ha surgido entre nosotros**», y «**Dios ha visitado a su pueblo**».

Este hecho se divulgó por toda Judea y por toda la comarca.

Contenido de la Hoja Semanal

Evangelio:	Del evangelio de san Lucas (Lc 7, 11 - 17).
Magisterio:	Exhortación Apostólica "Amoris Laetitia" de SS el Papa Francisco (7)
Propuesta:	Encontrar a Jesús (33)
Testimonio:	Gonzalo Araluce, periodista, en "Misiones Salesianas" – mayo 2016

Visite nuestra web: www.reinacielo.com

LA FATIGA DE TUS MANOS

Al comienzo del Salmo 128, el padre es presentado como un trabajador, quien con la obra de sus manos puede sostener el bienestar físico y la serenidad de su familia: «**Comerás del trabajo de tus manos, serás dichoso, te irá bien**» (v. 2). Que el trabajo sea una parte fundamental de la dignidad de la vida humana se deduce de las primeras páginas de la Biblia, cuando se declara que «**Dios tomó al hombre y lo colocó en el jardín de Edén, para que lo guardara y lo cultivara**» (Gn 2,15). Es la representación del trabajador que transforma la materia y aprovecha las energías de lo creado, dando luz al «**pan de vuestros sudores**» (Sal 127,2), además de cultivarse a sí mismo.



El trabajo hace posible al mismo tiempo el desarrollo de la sociedad, el sostenimiento de la familia y también su estabilidad y su fecundidad: «**Que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida; que veas a los hijos de tus hijos**» (Sal 128,5-6). En el libro de los Proverbios también se hace presente la tarea de la madre de familia, cuyo trabajo se describe en todas sus particularidades cotidianas, atrayendo la alabanza del esposo y de los hijos (cf. 31,10-31). El mismo Apóstol Pablo se mostraba orgulloso de haber vivido sin ser un peso para los demás, porque trabajó con sus manos y así se aseguró el sustento (cf. Hch 18,3; 1Co 4,12; 9,12). Tan convencido estaba de la necesidad del trabajo, que estableció una férrea norma para sus comunidades: «**Si alguno no quiere trabajar, que no coma**» (2Ts 3,10; cf. 1Ts 4,11).

Dicho esto, se comprende que la desocupación y la precariedad laboral se transformen en sufrimiento, como se hace notar en el librito de Rut y como recuerda Jesús en la parábola de los trabajadores sentados, en un ocio forzado, en la plaza del pueblo (cf. Mt 20,1-16), o cómo él lo experimenta en el mismo hecho de estar muchas veces rodeado de menesterosos y hambrientos. Es lo que la sociedad está viviendo trágicamente en muchos países, y esta ausencia de fuentes de trabajo afecta de diferentes maneras a la serenidad de las familias.

Tampoco podemos olvidar la degeneración que el pecado introduce en la sociedad cuando el ser humano se comporta como tirano ante la naturaleza, devastándola, usándola de modo egoísta y hasta brutal. Las consecuencias son al mismo tiempo la desertificación del suelo (cf. Gn 3,17-19) y los desequilibrios económicos y sociales, contra los cuales se levanta con claridad la voz de los profetas, desde Elías (cf. 1R 21) hasta llegar a las palabras que el mismo Jesús pronuncia contra la injusticia (cf. Lc 12,13-21; 16,1-31).

Encuentro con Jesús Núm. 33

Al verla, el Señor tuvo compasión de ella y le dijo: No llores. En seguida se acercó y tocó la camilla, y los que la llevaban se detuvieron. Jesús dijo al muerto: –Muchacho, a ti te digo, ¡levántate!



Jesús demostró un poder absoluto sobre esta muerte: se ve cuando devuelve la vida al joven hijo de la viuda de Naim y a la niña de doce años. Precisamente de ella dijo: **"La niña no ha muerto; está dormida"**, provocando la burla de los presentes. Pero, en verdad, es precisamente así: la muerte del cuerpo es un sueño del que Dios nos puede despertar en cualquier momento.

Este señorío sobre la muerte no impidió a Jesús experimentar una sincera compasión por el dolor de la separación. Al ver llorar a Marta y María y a cuantos habían acudido a consolarlas, también Jesús **"se conmovió profundamente, se turbó"** y, por último, **"lloró"**. El corazón de Cristo es divino-humano: en él Dios y hombre se encontraron perfectamente, sin separación y sin confusión. Él es la imagen, más aún, la encarnación de Dios, que es amor, misericordia, ternura paterna y materna, del Dios que es Vida. *Benedicto XVI, 9 de marzo de 2008.*

Hay una diferencia abismal entre las demás religiones y el Cristianismo. En las demás, el hombre va en busca de Dios. **En el Cristianismo es Dios el que busca al hombre.**

Reportaje - Testimonio:

"Cosas que no entenderé nunca"

Gonzalo Araluce, periodista, en la revista *Misiones Salesianas* – mayo 2016

El periodista David Jiménez, ahora director de *'El Mundo'*, cuenta en su libro *'Hijos del monzón'* la historia de Masa, la primera mujer taxista de Bangkok. En sus viajes a la capital de Tailandia, el reportero solía viajar a bordo de aquel vehículo destartado. El tráfico era imposible, pero la conductora se desenvolvía con una pericia que para Jiménez rozaba la temeridad. Al periodista le gustaba charlar con aquella mujer y el modo en el que ésta le respondía cuando le hacía una pregunta que, a juicio de ella, resultaba de respuesta obvia: **"Perdona a este farang [extranjero], hay cosas que no entenderé nunca"**, suspiraba, mientras miraba una figura de un monje Opasi instalada en el salpicadero de su coche.



Nyinhien vive en el condado sursudanés de Lagos, demasiado anciana para recordar su edad: **"¡Muchos años!"**, apunta en su lengua natal, el dinka. Su existencia pasa tan desapercibida que vive en una aldea sin nombre, a la que los demás conciudadanos de la región conocen como la **"villa de la lepra"** y en la que pocos se atreven a adentrarse. La mujer arrastra su cuerpo, todo piel y huesos, en una lucha diaria por la supervivencia. Apenas se sostiene sobre unos pies que ya no le responden.

La mujer resume en su caminar la historia de Sudán del Sur. Cada paso, un suplicio. Sus ojos cuentan historias de guerra y desamparo. Pero también de esperanza: **"Creo que algún día superaremos la guerra"**, cuenta la mujer. Quiere que sus nietos no tengan que salir huyendo al bosque cuando escuchen silbar las balas sobre su cabeza, que puedan ir a la escuela: **"Sin educación no hay futuro - advierte, antes de golpearse en el pecho con su mano mutilada- Yo no la he tenido, pero ellos sí pueden"**.

La mendicidad es el último recurso que les queda a aquellos cuerpos contrahechos, demasiado doloridos como para trabajar. También es el modo en el que Nyinhien se gana la vida.

Cuando la conocí, le pregunté de dónde sacaba las fuerzas para salir de su casa todos los días. Me miró con el mismo gesto con el que la taxista de Bangkok debía mirar a David Jiménez - **"hay cosas que no entenderé nunca"** - y sonrió: **"La vida es bella; mis nietos son bellos y todo lo que consigo es para ayudar a pagar su escuela"**.

Gonzalo Araluce - Periodista